



CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO
2.ª EPOCA

Director: ARTURO AGUIRRE

GALERIA CÒMICA
FOTOGRAFÍAS SIN RETOQUES
Un periodista "de talla"

AÑO II
N.º 88
Noviembre 3 de 1895
PRECIOS-SUSCRICION
MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1.00
Seis meses	" 5.00
Un año	" 9.00

EXTERIOR
Los mismos precios en moneda equiva.
lente, con el aumento del franco.
Número corriente 30 centesimos -- Número atrasado 30 centesimos

•VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS.
•SE PUBLICA LOS DOMINGOS.
Oficinas Provisorias: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON, CERRO, 17

Gasta don Pepe tres nombres
y tan formidable altura,
que lleva en su gran figura
materia para diez hombres
de regular estatura.

Y ante el Director de *El Día*
(según opiniones todas
muy de acuerdo con la mía)
de vergüenza moriría
aquí el coloso de Rodas

SUMARIO

TEXTO—Zig-Zag, por Arturo Giménez—El puñal ciego, por Carlos Lengua—Los almanques, por R. Carrion—En la siesta, por Víctor Pérez Petit—Entre dos fuerzas, por A. Giménez Pastor—Concurso—Teatros, por Re-bemol—Sport, por Zapicán II—Menudencias—Correspondencia particular.

GRABADOS—Galería Cómica—Fotografías sin retoques—Un periodista «de talla»—«Para ellas»—Retrato de mi niña por Aurelio Giménez—«Algún día debía de ser» por Wimplaine II y varios intercalados en el texto por A. Giménez.



Ustedes me dispensarán hoy del tono alegre ¿eh? Comprendan que las cosas que nos ha traído la semana no son para burlitas.

Calor tórrido *asante*, ciclón hórrido soplan; un aguacero que no parecía sino que era el cielo una canilla *con pluma*, y un día de difuntos sábado y hábil para cobranzas, circunstancia que a algunos suele dejarles difuntos por falta de costumbre.

Lo del calor fué alarmante. Y tanto más por ocurrir el achicharramiento de la atmósfera (porque hasta la atmósfera estaba así) en días lunes y martes; pues como me decía un señor que es empleado del Correo (aunque sea deshonoroso) y posee un caletre algo atrofiado y unas escrófulas de superior calidad: «Figúrese usted; si esto es á principios de semana ¡qué será al fin!»—Lo cual podrá parecer una tontería... y lo es.

Lo que no fué tontería es el calor. Treinta y siete grados á la sombra, señores. Ni *Monsieur*, con ser de alta graduación, gasta tantos grados; que es lo que él decía: «Ni en *France*!»

El que más el que menos, teníamos todos un tabardillo en embrión y un ataque cerebral en acecho; mula andaba por esas calles que, sin parecerlo, era un asado con cuero viviente.

La Primavera se iniciaba con horrible derramamiento de sudor y los sobretodos volaban húmedos á la casa de empeños. La verdad es que para cubrirse, como la papeleta fuera de papel de cuerpo era ya bastante é insoportable abrigo.

Un caballero que fué á presentar sus más calurosas felicitaciones á un su amigo que acababa de tener la viruela y un hijo casi en estado líquido, fué mirado como peligroso.

—¿Calurosas? le dijo el desgraciado.—¿Con esta temperatura? Pues tenga usted entendido que existe la acción preventiva contra los que profieren amenazar de muerte!

Las fórmulas de declaración epistolar amorosa se preparaban ya á una reforma radical. A todos los enamorados fervidos hasta la putrefacción les iba pareciendo demasiado inespresivo eso de tener el corazón «como un volcán desde el momento en que la ví» y hubo quien hizo presente á la doncella amada que tenía el pobre corazón hecho un chicharrón desesperado.

Un señor que aseguraba en un café tener *ardientes* deseos de ver á Julio Herrera arrastrado por las calles de la población, fué brutalmente arrojado del establecimiento como incendiario convicto y confeso.

López Lomba, tan rubicundo como es, andaba por esas calles como un bife á la milanesa ambulante; *Monsieur* parecía, bien mirado, una morcilla acabada de cocer; á Zaballa cualquiera lo tomaba por un salsifí bien relacionado y frito demás; Vidiella... Vidiella era ya un estofado bizco pasado de punto; en cuanto á Cabral, tan blanco, tan suave, tan delicado, representaba bien un par de huevos al plato ó á la plata del presupuesto; Brian semejaba un *charque* indígena puesto á calentar; don Miguel Herrera no llevaba ya ojos sino dos huevos extraviados y recocidos de más; la cara de don Juan Idiarte Excelencia era un *roastbeef* con berrugas. De don Juan José Ministro Castro decían algunos que podía pasar por un pavo mal cocinado; y Llovet, con aquel calor horrible parecía un ingeniero sin diploma.

Final y felizmente, pasó el calor y echaronse á hacer de las suyas el viento y el agua.

La verdad es que después de tanto fuego no hubieran venido mal.

Si no los hubiéramos tenido al por mayor, como quien dice.

Se nos vino encima un océano hecho *garúa* como si se hubiera dado el cielo á jugar al carnaval con nosotros.

La gente, cansada de tanto ver llover, dio en arrojar de su compañía á Llovet; y muchas personas echaronse á pensar en lo que íbamos á parar si aquello continuaba así; porque, naturalmente, después de habernos cocinado el calor, como nos adaptáramos al nuevo medio invasor no íbamos á poder convencer á nadie de que no éramos pescados fritos con pantalones.

Sér hubo que salió de su casa con figura humana, más ó menos, y volvió hecho una cascada ambulante; y algunos volvieron en la camilla de la policía, derrengados por una pulmonía fulminante.

Los borrachos empezaron á echar al aire lastimeras quejas y el aire á echárselos á ellos dentro que era una barbaridad, porque el ciclón comenzó con malas intenciones; y entre tanto el agua continuó como si hubiera cambiado de domicilio la catarata del Niágara.

Hubo quien, en previsión de un nuevo diluvio de cuarenta días y cuarenta noches empezó á pensar donde se refugiase.

—Yo me encaramo á lo alto del Cerro, decía uno.

—Yo me trepo sobre la cabeza de Batlle y Ordoñez, decía otro.

—Indudablemente, agregaba un señor que echaba agua por todos los poros, como una damajuana rajada. Si esto sigue así, tendremos que hacer las de Noé: Fabricar un Arca.

—Ahora sería inútil.

—¿Por qué?

—Porque no cabrían en ella todos los animales que hay hoy en día.

Y es verdad.

Todo esto por lo que se relaciona con el aguacero; que por lo que toca al vendaval es cosa de nunca acabar con los comentarios.

Era aquello un bufar continuo capaz de excitar los nervios de un cocodrilo materialista. Excusado es decir que Eolo y su gran sinfonía de trombón han causado más de un perjuicio de consideración.

A don Trifón Renegrido, un señor peludo como un bisonte le encontré el otro día enormemente hinchado.

—¡Don Trifón! le dije —¡Cómo ha engrosado usted!

—¡Qué, hombre!—me respondió trabajosamente.—Si es que tengo un pedazo de ciclón en la barriga.

—¿Eh?

—Sí, dijo la señora derramando abundante llanto sobre una fuente de chorizos en remojo. Que se salió ayer á la calle, y como tiene la costumbre de andar con las quijadas desplomadas, el ciclón viendo la boca abierta

se le coló dentro y ahí le tiene usted. Que parece un aereostático con pelos.

—¿Y qué ha hecho usted, don Trifón?

—Hombre; recurri á una bomba aspirante para ver de extraer el aire.

—¿Y?

—Y por poco me extrae el estómago con aire y todo.

Hay gente así á quien ocurren accidentes extraordinarios.

A Doña Linda de Chamounix Pérez, una señora de la vecindad le decía anteayer otra vecina.

—Ah, Doña Linda de Chamounix (Ella no permite que le digan de otro modo) Si viera usted los perjuicios que me ha causado el ciclón! Dos pares de calzoncillos de mi marido, con sus iniciales pintadas al óleo, que había tendido en la azotea, se volaron y fueron á meterse en una tortilla de alcahuciles que estaba friendo en el patio la vecina de al lado ¿Y á usted no se le voló nada?

—Sí; mi marido.

—¿Don Esculapio? ¡Tan gordo como era!... ¿Con el ciclón?

—No; con una corista de San Felipe y diez y seis reales que tenía yo atados en la punta de un pañuelo.

La conmemoración de los difuntos ha pasado como todos los años con su respectiva visita á los cementerios.

Es una costumbre digna de todo respeto y aplauso.

Pero hay gente que se contenta con conmemorarlos en casa comiendo tortas fritas. Y así le agarran á uno, como me ha sucedido á veces, de sorpresa.

—Ah; me decía una señora amiga mía, suspirando y tragando torta en un arranque de apetito sentimental. ¡Pobre mi Teodoro! Tan aficionado que era á la música, á las cosas alegres!...

—¿Filarmonico?

—¡Uf! Si ese hombre parecía un contrabajo picado de viruelas!

—Y qué le llevó á la tumba?

—Como él tenía el oído tan delicado, escuchando una romanza melancólica un alarido desafinado del cantante le dejó muerto de repente.

—¿Y qué hizo usted, Dios Santo!

—¿Después? Me casé con el del alarido para tener siempre presente el recuerdo de la pobre víctima.

A lo que dicen los diarios, las cartas amorosas que escribía el alférez Almeida son sacadas del «*Secretario Universal*».

Lo que hacía decir á uno en un corrillo. —Pues ya está, con eso, descubierto el cómplice!

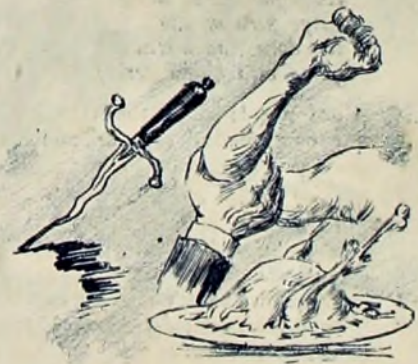
—¿Quien es?

—Brian.

—¡Pero hombre!

—¡Claro! Se trata de un *secretario*. Y quieren ustedes *secretario* más universal que Brian!

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR.



El puñal ciego

(Esta es la escena primera de un drama naturalista. Base: ley criminalista, herencia: sangrienta, fiera, herencia desconocida que de pariente á pariente

como semilla latente,
como un engendro homicida
terrible se levantaba
cuando una mano cualquiera,
aunque con dulzura fuera,
el codo á Juana apretaba.

Hay una mesa tendida
en el fondo. A la derecha
una puerta muy estrecha
ligeramente podrida.)

PERSONAJES

MANUEL

(Subjetivo, sin edad,
vistiendo ropa de lana
de color verde banana
y de mala calidad.
Ojos grandes, asombrados,
de color de pulga vieja,
y enseñando en cada ceja
lobanillos gangrenados.
Ademanos desiguales,
lentos, torcidos, inquietos,
á la voluntad sujetos
y en la forma laterales).

JUANA

(Con boca de rata madre
de color entre ocre y verde,
que diga qué es lo que muerde
al mismo tiempo que ladre.
Cara chata como un queso
inclinada hácia la izquierda,
con rigideces de cerda
y lujuriosa en exceso).

MAGDALENA

Indolente, muy delgada,
cutis blanco como harina,
y en su boca de sardina,
de potranca desbocada,
un gesto raro se nota,
fugaz, leve sin color,
que se creyera un vapor
en su quijada de idiota.

ESCENA I

MANUEL Y JUANA (después Magdalena)

(La escena empieza de noche,
noche nublada y serena;
se oye claro cómo suena
el andar de viejo coche).

MANUEL ¿Quieres decirme, mujer,
qué has hecho con mi dinero?
JUANA Eso será si yo quiero
tu pregunta responder.
MANUEL ¡Te lo mando, te lo exijo!
JUANA Pues me callo... y se acabó.
MANUEL ¿Y supones tú que yo
me vengo á eso?

JUANA —De fijo.

(Calla un momento Manuel;
su mirada fiera, inquieta,
se posa en una carpeta
de color rojo clavel;
luego mira un gran sofá,
que tiene su vieja funda
un cordón que la circunda
muy descolorido ya.
En seguida á su mujer
dirige fiera mirada,
tan dura, tan acerada,
que á otra hiciera tener).

MANUEL ¡Pues por lo visto, tendrás
que comprender de este modo!

(Y tomándola del codo
sacudióla por demás.
Pero Juana en su violencia
al rechazar á Manuel,
sintió de súbito, cruel,
despertarse atroz herencia,
cuyo influjo original
sólo apretándole el codo,
olvidaba insana todo
en su instinto criminal.
Y ciega ya, sin luchar,
en su pasión sobrehumana
encontraba sólo Juana
impulsos para matar).

JUANA Ahora me toca á mí
el desquite, y lo tendrás:
con tu sangre pagarás
el golpe que recibí.

(Y corriendo hácia su costado
coge veloz un cuchillo,
cuyo mango muy sencillo



debe estar flojo y manchado).
Y con tal arma en la diestra
abalanzase á Manuel
y hunde y hunde la hoja en él,
prolongando esta siniestra
escena de salvajismo,
espantosa y sanguinaria,
hasta que cantando una aria
penetra su hija allí mismo.

La muchacha con horror
retrocede enagenada.

MAGDALENA ¿Qué es esto, madre?

JUANA Pues nada.

¿Ó es que te falte valor
para contemplar serena
este misero gusano?...

MAGDALENA ¡Hay sangre, madre, en tu mano!

JUANA ¡Era tonta, Magdalena?

ALCUNA VEZ HABIA DE SER



Caras y Caretas



En mes de Ánimas, es claro,
alguna aparición rara
debia mostrar la cara,
y la mostró sin reparo
la Verdad, ¿algo hay más raro?

W. W. Williams

(Tocando casi, al andar,
con el pie al pobre muerto,
coje tranquila el cubierto
y se dispone á cenar,
pero notando en seguida
que el cuchillo le faltaba,
recogiólo, mientras daba
con aquella arma homicida
principio al grito gustar
de delicados manjares...
¡Las moscas, á centares,
sobre el muerto á devorar!

(La escena acaba de noche,
noche nublada y serena;
se oye claro cómo suena
el andar de viejo coche.)

CARLOS LENGUAS

EN LA SIESTA

Era aquella una explosión de colores rientes: rojas margaritas, á millares, salpicaban el tupido verde del suelo, y florecillas azules, blancas, lilas y punzós tenían con sus encantados matices dorados pastos de formas raras y caprichosas. Volaban, entre las flores silvestres, las mariposas de alas de pedrería. Algunos insectos de caparazón azul turquí ó esmeralda trepaban perezosos por los cucuyos y los gentiles nelumbios. El ambiente era tibio y perfumado. Era la hora de la siesta.

—¿Quieres? ¿Nos sentamos ahí?
Y diciendo esto, me sonreía tan pícaramente, que caímos ambos sobre el césped. Y allí, mientras arrancaba con sus blancos deditos los yuyos y las flores crecidos á su alrededor, empezó á contarme idilios de su infancia, dulces y tranquilos como aquella hora, y que ella entreveía ante la poética naturaleza que nos rodeaba y al través de su triste existencia como un jirón de cielo en todo un horizonte preñado de nubes. Hablaba de una manera infantil, dulce, acariciadora, con vagos arrullos de paloma, casi sin la conciencia de sí misma, olvidado de todo.

En torno nuestro, la tierra entonaba un himno de pasión. Ruborizadas, sacudían las margaritas sus aterciopelados pétalos que algunos silfos invisibles cuajaban de besos; las caléndulas se inclinaban voluptuosamente en un último abrazo de amor; los nenúfares tenían toda la embriaguez de la felicidad y se doblaban con mucho donaire para devolver un beso á las aguas rumarosas que corrían á sus plantas, y en torno de esta vibración de fuego, meciéndose sobre toda esta onda de infinito placer, los insectos de antenas plateadas y túnicas de escarlata con élitros resplandecientes y vibradores se perseguían los unos á los otros, extendiendo sus alas de tul bordadas con matices de luz; las mariposas se abanicaban, fatigadas, con sus alitas, paradas en el umbral de las rosas perfumadas y las camelias como porcelanas, y los pájaros de ojillos brillantes y vivaces como piedrecitas de onix, apenas empezaban un canto que terminaba bruscamente en un susurro de plumas y en un pio somnoliento de placer.

Abejas de oro, rubias como un rayo de sol, volaban en el aire con un zumbido continuo y adormecedor hasta que se posaban sobre cualquier florecilla para embriagarse con su néctar perfumado. Una miriada de casi imperfectos insectos, hijos de la yerba, y de un color verde mar suavísimo, pululaban por el aire como polvo de luces esmeraldas.

Y embriagando todos estos seres levisimos y multicolores, un aliento tibio, cargado con el aroma de heliotropo y jazmines, se deslizaba en volutas perezosas por entre las espléndida y lujuriosa vegetación del prado.

Los ojos negros de Lisa, un poco entrecerrados, veían aquella naturaleza tropical celebrar en las horas de fuego del verano su misterioso connubio bajo la inmensidad del cielo azul y despejado; y, temblando el seno bajo su túnica de batista como vívida luz dentro de globos de alabastro, parecía caer en lánguido desmayo. Aquel adormecedor susurro de los insectos que flababan en el aire tonos de amatistas y rubies, aquellos chisporroteos del polen encendiéndose dentro del seno de las flores como en pebeteros orientales, aquella extraña sinfonía de las hojas en los árboles gigantes en la gran calma de la naturaleza aletargada, parecían embriagarla lentamente.

Ahora eran sus palabras más suaves y melancólicas; tenía modulaciones de fuego y brotaban las frases perezosamente de entre sus labios rojos. Su mirada bañábase en la humedad divina de su pupila y desmayaba lánguidamente bajo el arco de

sus negríssimas pestañas con palpitations de estrella. Teníala contra mi pecho, y al través de la onda de sus sedosos cabellos, veía sus manos nacaradas de afilados deditos con uñas de rosa y nieve deshacer un junquillo sobre su falda celeste floreada de crisantémas.

—Vén, Raúl;—me dijo—bésame... ¿me quieres?...

Y era aquel su acento tan amante, tan lindo, tan rumoroso, que le contesté casi pegadas las bocas:

—No, mujer... ¡qué he de quererte!...

Volvió hacia mí sus grandes ojos, los pórticos divinos de su alma; hizo una encantadora mueca cual si fuera á llorar, y:

—Sí, ya lo sé; tú no me quieres,—murmuró con infinita tristeza y ocultando su hermoso rostro entre las manos.

—¡Bah! No llores, Lisa... ¿no ves que es en broma?...

Y cuando para desagraviar á mi niña encantadora, al ángel que es toda la gloria de mi corazón, á mi Lisa en fin, le cubría la nuca perfumada, el rostro hermosísimo, los ebúrneos brazos con una lluvia de besos y de caricias, balbuceando frases de amor y de consuelo, alzó ella su límpido rostro y me dijo muy seria y más bella que nunca:

—Tonto! ¿Y tú crees que yo te quiero?

VÍCTOR PÉREZ PETIT.



La Redacción de CARAS Y CARETAS ha resuelto celebrar un certamen ó concurso, que queda abierto desde este momento para todos los que gusten concurrir á él.

La Redacción hace esta pregunta de actualidad palpitante:

¿Porqué no deben gobernar las mujeres?

El autor de la respuesta más ingeniosa será premiado con una colección de CARAS Y CARETAS del año 1894, lujosamente encuadrada en rica tela y el título dorado á fuego, cuyo costo en venta pública es de \$ 13.50.

Las condiciones del concurso son las siguientes:
1.^a Puede optar al premio todo habitante de la República.

2.^a Las contestaciones no deberán ocupar más de cinco líneas del tipo corriente del periódico.

3.^a Deben mandarse bajo sobre firmando con las iniciales del nombre y apellido del autor.

4.^a Un mismo firmante no puede mandar más de una contestación.

5.^a El que guste puede poner al pié de la carta el número de su domicilio, á fin de que en caso de premiarse su contestación, no tenga que sufrir la incomodidad de recoger el regalo. Se le enviará inmediatamente á su domicilio. En caso de no acompañar las señas, el que resulte premiado puede recoger la colección en esta Dirección así que se publique el resultado del escrutinio, firmando el recibo correspondiente.

6.^a Las contestaciones se recibirán hasta las

cuatro de la tarde el lunes 18 de Noviembre é irán publicadas con las iniciales del autor.

7.^a Las contestaciones en verso que sean defectuosas, se publicarán en prosa.

8.^a La respuesta más ingeniosa será elegida por sufragio entre los suscriptores del periódico. En el número que se publiquen las contestaciones, indicaremos en la forma que deben dar su voto los suscriptores.

9.^a No se publicarán, y por lo tanto no podrán optar al premio, todas aquellas contestaciones que contengan faltas ú ofensas respecto á las religiones, á la moral, ó á determinadas personas.

Nada más. Con que, aguzar el ingenio y á ver quién se lleva el premio.

Los Almanagues

FÁBULA

Usaba don Gaspár tres almanagues alternativamente en su despacho: el uno de pared, otro con láminas y el tercero sencillito calendario.

Este lo utilizaba muchas veces en consulta de fiestas y de santos; el de pared, para saber las fechas, y el otro sólo por pasar el rato.

Perdiendo el de pared hoja tras hoja, en la última no más quedóse al cabo: «Diciembre—31—San Silvestre,» y al rededor el pintoresco marco.

Entonces don Gaspar, según costumbre, compró tres almanagues para el año, y el viejo de pared y el otro humilde arrojó sin piedad hecho pedazos.

Mas el que tiene láminas y versos guardó entre varios tomos con cuidado, y puesto en la lujosa librería tras los cristales se ostentaba ufano.

Al verle allí sus pobres compañeros, así decían con acento amargo:

—¿Por qué á tí nuestro dueño te conserva cuando á nosotros nos arroja ingrato?

Y el almanaque les replicó entonces:

—¿cómo queréis conmigo compararos? A mí me consideran y me guardan ¡por que soy ilustrado!

R. CARRIÓN.



Sólo Cibils y San Felipe funcionan por ahora, y los dos incansables. (Vamos al decir; los incansables son los artistas.)

Con la vuelta de Gil la compañía de Cibils ha sido reforzada con un elemento de primer orden, sin que esto venga en mengua de los demás actores que cumplen con voluntad elevada á la cuarta potencia.

«Don Juan Tenorio» ha hecho el gasto en ambos teatros con motivo de la conmemoración de los difuntos.

¡Y que la Echevarría lo dá muy bien en Cibils!

Y ahora quizá hasta el otro año, con otra conmemoración de ánimas, no volveremos á tener el famoso Don Juan.
Por lo que

Ocupad, sombras livianas
vuestras lozas sepulcrales;

volved á los pedestales
animadas esculturas....

Y deja cronista en paz á los lectores.
(Esto no lo dijo Zorrilla, pero de fijo lo dirán ustedes.)

RE-BEMOL



A. GIMÉNEZ PASTOR

ENTRE DOS FUERZAS

(Continuación)

IX

A la espera de este momento iban allí noche á noche Mario y Pedro, aguardando con los pequeños grupitos que la luz amarillenta y velada de los dos faroles del atrio dejaba ver junto á las columnas, el murmullo precursor de la salida de las devotas.

Se comenzaba por fin el desfile de los vestidos de luto, lentamente, en silencio, con pequeñas soluciones de continuidad, pequeños claros que un nuevo grupo apareciendo de pronto en el pórtico oscuro llenaba al juntarse al anterior semejando las bocanadas de vapor intermitentes y regulares que arroja una máquina, fundidas en una al ponerse en contacto, al salir así como exhalaciones de la respiración callada y negra de la nave cansada. Desfilaban de este modo largo rato, persistentes, sin fin, con leve murmullo de cotarro lejísimo, unas tras otras siempre, igual el paso, agrupándose en un gran monton negro al llegar al borde de la escalinata, todas las cabezas bajas en busca de lugar seguro antes de pisar el primer escalón, para derramarse por fin, con ese crujido leve del polvo fino oprimido por mil pequeños piés contra las losas en la plazoleta oscura, mientras en lo alto, en el espacio tranquilo de la noche tibia aleteaban vibrando en su viaje al infinito las campanadas lánguidas del toque de ánimas.

Mario entre tanto, fijos los ojos en la puerta, esperaba la aparición de Delia, que por fin pasaba junto á él saludándole llanamente como si nada hubiera entre ellos, desesperándolo con aquella tranquilidad que desvanecía la idea de que en su alma se abrigaba todavía la más leve agitación, mientras á él su vista le hacia golpetear rudamente el corazón contra el pecho.

El otro, Pedro, le daba consejos que escogía entre lo mejor de su experiencia novelesca, después de haber observado á la jóven con aire de médico viejo que inquiere las manifestaciones extremas de un caso difícil, clavándole, al pasar, su mirada inquisitorial de miope curioso.

¡Claro! Lo mejor era desaparecer una noche del lugar acostumbrado, ponerse lejos, en la sombra, para ver si ella lo echaba de menos, si lo buscaba, manifestando por fin el esperado interés.

Mario, seducido por la idea aceptó y dióse á devorar su impaciencia en un rincón del atrio; le parecía la prueba bastante decisiva y había de hacerse; en todo caso, sería tan sólo una noche perdida.

Pero cuando vió que Delia salía tan tranquila como siempre, conversando con las dos eternas amiguitas, y mirando quizá solo por costumbre de encontrarlo siempre, á ambos lados; cuando vió que no haría más esfuerzo, que iba á pasar sin verlo, la efímera esperanza desvanecida, no pudo contenerse y corrió á colocarse bajo el farol para que lo viera humillarse á su paso, ya envilecido en la esclavitud.—Era inútil; no quería dejar de rendirse á ella una sola noche, y todas ellas se volvía aplastado por el desden, rabioso, con el furor de la impotencia atenaceándole el alma, meditando planes desesperados, mientras en la calle 18 de Julio se perdían á lo lejos los bultos negros, en parejas y grupitos, ajitado de cuando en cuando como grandes alas los mantones de luto, y morían en el inmenso espacio tranquilo de la noche primaveral las últimas vibraciones plañideras de la campana.

Entonces fué cuando Mario recibió aquella carta de Argentina, de la enamorada niña casi olvidada, borrados sus contornos infantiles en medio del brumoso turbión de tempestad de deseos que lo sacudía brutalmente.

Fué un momento de nueva erección de su vanidad aplastada, aquella aura de amor olvidado que venía á él como un llamado rendido de hembra tierna ofendida, en la carta recorrida á ratos por

reproches tímidos y deseos irritados ante el temor de que se lo quitara otra. Todavía allá había quien lo deseaba y lo quería para sí.

Hacia como veinte días que no iba, desganado desde aquella noche en que las brutalidades de los muchachos y la ligereza de las mujeres le arrojaron encima una oleada de hastio disgustante que de nuevo se levantaba en él al recordarlas.

Ya fatigado de la lucha, sintiendo que lo refrescaba algo el recuerdo de su primer amorío, algo enternecido en un renacimiento de sensibilidad agradecida, quiso ir á gozar nuevamente caricias de mujer amante, casi deseoso de ellas; y fué aquella noche una hermosa noche de amor, en el balconcillo abierto al espacio tibio y perfumado, bajo el cielo chispeando plata con el parpadeo eterno, infinito de las estrellas que rodaban en lo negro desparramadas como las piedras sueltas de una gran diadema de brillantes hecha pedazos; una hermosa noche de amor, de amor nuevo, renaciente, vigoroso como el último destello de la luz que va á apagarse.

Hablaron de muchas cosas de antes, en su deseo de expansión. De las Mestres, que lo habían descubierto en la iglesia, husmeando el lío con sus inmensas narices, sello característico de la familia, siempre á la pesca de cosas para enredar en espera de algún novio que de puro desesperado cayese en sus redes.

Pero á ella, á Argentina, no le iban á quitar el suyo, ¿verdad?

¿Nunca, nunca?— ¡Nunca, nunca! respondía él, mientras la voz de niña loca de doña Armada llegaba hasta ellos canturreando, la popular canción de «Una vieja»:

¡Ay, mamá, qué noche aquella!

Salió de allí contento, más lleno de esperanzas en el éxito de su empeño por Delia, el verse así querido por la otra; para volver á sumirse en su empecinamiento de impotente, tornando al yugo de su inquietud, de su fiebre de deseos.

(Continuará)



De un interés excepcional promete ser la reunión á efectuarse hoy en Maroñas pues además de figurar en el programa cinco interesantes carreras, se correrá el premio de Honor, el cual constituye por sí sólo el mejor atractivo para esta fiesta. Pasemos pues, revista á los caballos que tomarán parte en esa prueba.

«Zig Zag» con 58 kilos «Explosion» con 57 1/2 «Elio» 57 1/2 «Huracan» 57 1/2 «Florida» 55 1/2 «Cunatay» 55 1/2 «Imperio» 47 1/2, la opinión nuestra es que la carrera será un triunfo para «Imperio» pues ni «Zig Zag» le puede hacer nada en 3.500 metros, los únicos enemigos temibles son «Elio» y «Explosion».

Y ahora, como no disponemos de más espacio, vamos á los pronósticos si ustedes gustan.

Premio Tartarin: «Hebra» ó «Darwin»
id Buricayup: «Mistral»
id de Honor: «Imperio»
id Guerrillero: «Montevideo»
id Donina: «Queguay»
id Escudero: «Saturno»

ZAPICÁN II.



A los señores propietarios de diarios y periódicos, que tengan especial empeño en no cobrar jamás el importe de sus suscripciones en el Durazno, les recomendamos como especialista en el género al señor don Gustavo B. Garzón, nuestro ex-Agente en esa localidad.

Dicen los telegramas que el archi-famoso hito de San Francisco, fosa de amistades internacionales y pedestal de Callorda, va á dejar de ser de San Francisco, para ser de Santa Rosa, pues que será trasladado á este punto.

De San Francisco á Santa Rosa...
Recorriendo el Santoral
auda el hito, por si pega.
Si á Santa Bárbara llega
vá á ser la cosa formal.

El señor Jefe Político ha confeccionado un reglamento para los cafés de camareras, en el cual se impone á estas la obligación de tener cuarenta años por lo menos para desempeñar sus tareas.

¡Cuarenta años! Se van á convertir los cafés esos en jamonerías.

Y apuesto á que desde que se implante el nuevo reglamento le toman los parroquianos gusto á los vinos de la casa.

¡Como si lo viera!

A causa de la miseria antes de ayer (día más día menos) se suicidó con su esposa un general. El suceso ocurrió en Austria y advertirlo está demás; que generales no mueren por eso en el Uruguay; bien lo sabe el Presupuesto y el pueblo lo sabe más.

De una hoja volante de almanaque que me cae á las manos: «Octubre 22—Martes—1853—Muere en

la Casa de Gobierno el General Juan A. Lavalleja.»
¡Qué tiempos aquellos! Hoy nadie muere en la Casa de Gobierno; todos viven de ella.

Esta no es mía, pero es muy buena y por ello la recorto de *El Nacional*. Que cuando lo ajeno es mejor que lo mio (lo cual ocurre muchas veces) de fijo estarán ustedes por lo ajeno.

Dice un diario, escribiendo sobre la retirada de algunos diputados en una de las últimas sesiones: «Fue una protesta muda que no dejó de causar impresión en la Cámara.»

Cosa extraña! Tratándose de una cámara muda por excelencia, sobre todo, cuando debe censurar los actos malos del Gobierno, lo natural era que la protesta fuera muda y que no impresionara.

Pero, es lo que yo digo: está todo subvertido.

Correspondencia Particular

Un duelista—Montevideo—¡Hombre! ¿Es usted duelista? Me figuro que nadie le ha de aceptar un reto si desafía usted á quien es más torpe.

M. J.—Id.—Falta algo en su artículo. Y mire usted qué casualidad! Lo que falta es gracia.

Un mozo bien—Guadalupe—Como mozo, puede que sea usted bien; pero como poeta me parece mal. Deveras.

Raimundo—Lascano—
Si que haya un cadáver más le importa un ardite al mundo ¿qué le vá á importar, Raimundo lo que tiene usted atrás?

Adrián del Sotero—Montevideo—Pues no; son malos los versitos. De cierto que no los verá usted.

Fu-Fu—Id.—Nó.

R. T.—Id.—Nó.

Filibustero—Melo—Nó.
Decididamente, no hay cosa como el laco-nismo.

HOTEL CENTRAL
Gregorio y Pda y B.
CALLE 25 DE MAYO
241 y 247

EL TORO
MANUFACTURA
DE
TABACOS Y VAPOR
Y
FABRICA DE CIGARRILLOS
DE
SALGUEIRO

URUGUAY 288
242

AL Polo
Bamba

CASA ESPECIAL EN CAFÉ
CALLE COLONIA 2, 4, 6, 8
Da el «Polo Bamba» un café de clase tan superior que beber no logra usted en el mundo otro mejor.

STUDIO DOCE
FOTOGRAFICO

Calle Sarandi, 359
Retratos modernos de busto á la romana.
A Dolce, es ya cosa vista nadie á retratar le gana y, como es todo un artista, no hay niña que se resista á vestirse de romana.

FOTOGRAFIA INGLESA
DE J. FITZ PATRICK

Fotografía de moda por la high life preferida donde retrata toda la gente más distinguida.

EL ANTICUARIO

Calle 18 de Julio 184
Vende, compra y revende «El Anticuario» libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario los paga bien y no los vende caros.

ESTUDIO DOCE
FOTOGRAFICO

DE
CHATELAIN & BROOKS
Calle 25 de Mayo 300
MONTEVIDEO
Calle Florida 74
BUENOS AIRES

FALLIGARIS
Estudio fotografico

Hace esta fotografía retratos tan excelentes que á ella acuden á porfia las más distinguidas gentes.